

vario, meditando todos los pasos de su pasión y muerte.

Pero sobre todo uníos al sacrificio, recibiendo la víctima juntamente con el sacerdote; entonces es cuando la Misa produce todos sus efectos; entonces corresponde plenamente á los designios de Nuestro Señor.

¡Qué no harían las benditas ánimas del purgatorio con tal de poder oír siquiera una sola Misa, si pudieran volver al mundo! Ni un solo día dejarías tú de oírla, si llegaras á entender su excelencia, sus gracias y sus frutos.



MÉTODO PARA OIR MISA

MEDITANDO LA PASIÓN DE JESUCRISTO

Quotiescumque... mortem Domini annuntiabit.

«Siempre que celebréis los angustos misterios, anunciareis la muerte del Señor.»

(I COR., X, 26.)

Si queréis asistir dignamente al santo sacrificio de la Misa, medita los pasos de la pasión del Salvador, que de un modo tan admirable se renueva en ella.

Preparación.—Considerad al templo como lugar santísimo y dignísimo de respeto, como nuevo monte Calvario. El altar es de piedra; en él se conservan reliquias de santos mártires; los cirios que en él arden y se consumen son símbolo de la fe, de la esperanza y de la caridad; los manteles que le cubren significan los lienzos en que fué envuelto el cuerpo de Jesús; y el crucifijo, imagen del mismo Jesús muriendo por nosotros.

Considerad á Jesús en el sacerdote revestido de las vestiduras todas de la pasión, El amito repre-

senta la tela con que los verdugos cubrieron la faz del Salvador.

El alba, la vestidura blanca de que le revistió, por irrisión, el impúdico Herodes.

El cingulo, las ligaduras con que le ataron los juicios en el Huerto de las Olivas para conducirlo á los tribunales.

El manípulo, las cadenas con que fué sujeto á la columna para ser azotado.

La estola, las cuerdas con que los verdugos tiraban de Jesús cuando Él iba por las calles de Jerusalén llevando la cruz á cuestas.

La casulla, el manto de púrpura que le pusieron en la espalda estando en el pretorio, ó la cruz que llevó sobre sus hombros.

En suma: el sacerdote revestido con los ornamentos sagrados, se nos ofrece como el mismo Jesucristo que va al suplicio del Calvario, y nos enseña cuál ha de ser la preparación con que debemos asistir al santo sacrificio de la Misa.

La modestia y el recogimiento son significados por el amito que el sacerdote se pone primero sobre la cabeza y después en la espalda; la pureza, por el alba blanca y por el cingulo; la contrición, por el manípulo; la vestidura de la inocencia, por la estola; y el amor á la cruz y el yugo del Señor, por la casulla.

El sacerdote se llega al altar con el cáliz en las manos.—Mira á Jesús que va al Huerto de las Olivas para principiar en él su pasión por amor á ti; acompaña-le tú con los Apóstoles, pero vigila y ora; renuncia á toda distracción, á cualquier pensamiento ajeno á este terrible misterio.

El sacerdote, delante del altar, hace oración, se inclina y se humilla profundamente á vista de sus

proprios pecados.— Jesús en el Huerto de las Olivas se arrodilla, tocando su rostro con la tierra; se humilla por los pecadores; un sudor de sangre, producido por su inmenso dolor, inunda todo su cuerpo y corre por sus vestidos hasta regar la tierra. Jesús toma sobre sí, con gran amargura, todos nuestros pecados. Confía tú los tuyos al sacerdote, pide humildemente á Dios que te los perdone, y recibe la absolución de ellos para asistir al santo sacrificio con el corazón puro.

Sin duda bastaría esta sola consideración para emplear todo el tiempo que dura el santo sacrificio. Si penetráis en las intenciones de Jesús, en su agonía, y os sentís fijos á su lado por la gracia, quedaos allí; pero, si no, seguid los pasos de la pasión de Jesús.

El sacerdote se aproxima al altar y lo besa.— Judas se dirige al Huerto de las Olivas, y besa pérfidamente á Jesús. ¡Cuántas veces ¡oh dolor! ha sido pérfidamente besado por sus hijos y por sus ministros infieles!

¿Y yo? ¿no he hecho nunca traición á Jesús? ¿No le he entregado nunca á sus enemigos, á mis pasiones? Pero, á pesar de eso ¡es tan vivo el amor que me tiene!

Mirad á Jesús cargado de cadenas, que va volviendo á Jerusalén, para ser entregado á sus enemigos. Se deja conducir con la mansedumbre de un cordero. Pídele paciencia y mansedumbre con que soportar las flaquezas de tu prójimo.

Empieza el Introito, y se persigna el sacerdote.— Jesús es conducido á presencia del sumo sacerdote Caifás. Pedro le niega. ¡Cuántas veces he negado yo á mi Maestro, su verdad, su ley, sus promesas!

008946

Más culpable soy yo que San Pedro, porque no ha sido por temor ni por sorpresa cuando le he negado.

Mas ¡ay de mí! Pedro lloró al punto de haber pecado, pero mi corazón sigue todavía insensible y duro.

Dice el sacerdote los Kiries.—Jesús llama á su Padre celestial y le ruega por nosotros: aceptad, á semejanza de Jesús, todos los sacrificios que Dios se digne enviaros.

El sacerdote dice las oraciones y la Epístola.—Contempla á Jesús en presencia de Caifás, confesando su propia divinidad, sin temor á la sentencia de muerte que había de seguirse á sus palabras.

¡Oh Dios mío! Aumenta y robustece en mí la fe, en tu divinidad, para que la adore, la ame y la confiese aun á riesgo de mi vida, dichoso en poder dar mi sangre por defenderla.

El sacerdote lee el Evangelio.—Jesús da testimonio de su soberanía real en presencia de Pilato. Sé tú ¡oh Jesús! el Rey de mi alma, por tu verdad; de mi corazón, por tu amor; de mi cuerpo, por tu pureza, y de toda mi vida, por el deseo de consagrarla enteramente á tu gloria.

Decid con fe y devoción el *Credo*, teniendo presente que el Salvador fué condenado á muerte por defender la verdad.

El sacerdote ofrece el pan y el vino, la Hostia del sacrificio á Dios Padre.—Pilato presenta á Jesús al pueblo, diciendo: *Ecce homo*; ¡he aquí al hombre! Jesús está en tal estado, que verdaderamente mueve á compasión: acaba de ser azotado hasta saltársele la sangre; tiene en la ensangrentada cabeza una corona de espinas, y un manto de púrpura hecho jirones sobre los hombros, y una caña en la mano, le hacen

parecer un rey irrisorio. Pilato lo mostró así al pueblo para que hallara compasión en él; pero el pueblo gritó diciendo: *Crucifigatur*, ¡sea crucificado! En aquel instante, Jesús se ofreció á su Padre por la salud del mundo, y en particular de su pueblo, y el Padre celestial aceptó su ofrenda.

Ofrézcoos yo ¡oh Eterno Padre! con el sacerdote esta Hostia pura é inmaculada de mi salud y del mundo entero, y, junto con esta divina oblación, os ofrezco mi cuerpo, mi alma y mi vida; quiero continuar y hacer que vivan en mí la santidad, las virtudes y la penitencia de vuestro divino Hijo. *O Domine! regna super nos.*

El sacerdote se lava las manos.—También Pilato se lavó las manos, protestando de su inocencia. Lávame tú ¡oh Salvador mío! en tu purísima sangre, y purifícame de tantos pecados é imperfecciones como manchan mi vida.

El sacerdote, en el Prefacio, invita á los fieles á alabar á Dios.—Jesús, varón de dolores, aclamado poco hace por el pueblo, y hoy coronado de espinas y atado á una columna, recibe de sus verdugos homenajes irrisorios y sacrílegos: le han colmado de ultrajes, le han escupido en el rostro, le han abofeteado. ¡Estos son los homenajes que tributan á Jesús nuestro orgullo, nuestra sensualidad, nuestros respetos humanos!

Al canon: se inclina el sacerdote, ora y santifica las ofrendas, haciendo muchas veces sobre ellas la señal de la cruz.—Jesús se inclina bajo el peso de la cruz: recibe con amor esta amada cruz, la besa, la lleva con amor y se dirige al Calvario encorvado bajo el peso de esta carga amorosa. Lleva sobre sí mis pecados para expiarlos, mis cruces para santificar-

las. Sigamos á Jesús, que lleva su cruz, y va subiendo penosamente la montaña del Calvario. Acompañémosle con María y con las santas mujeres y Simón el cireneo.

El sacerdote pone las manos sobre el cáliz y la Hostia. — Los verdugos se apoderan de Jesús, le quitan violentamente las vestiduras, y lo extienden y lo crucifican en la cruz.

Consagración y elevación. — El sacerdote consagra el pan y el vino, convirtiéndolos en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Adora arrodillado á este adorable Salvador, Dios verdadero y realmente presente en sus manos. Luego lo eleva y lo presenta al pueblo, para que el pueblo le adore. Representate á Jesús levantado en la cruz entre el cielo y la tierra, como víctima y medianero entre los hombres pecadores y la justicia de Dios irritada.

Adora, ofrece á esta divina Víctima, en expiación de tus pecados, de los de tus padres y amigos, de los de todos los hombres. Dile, postrado á sus pies, desde lo íntimo de tu corazón: «¡Vos sois mi Señor y mi Dios!»

Considera á Jesús extendido en el altar, como en otro tiempo estuvo en la cruz, adorando á su Padre con el anonadamiento de su propia gloria, dándole gracias por todos los bienes que su mismo Padre ha concedido á los hombres, mostrándole sus propias llagas, abiertas todavía, que claman, pidiendo misericordia y gracia en favor de los pobres pecadores, elevando á su Padre una oración que no puede menos de ser oída, pues procede de su mismo Hijo divino, inmolado amorosamente por su gloria.

Tributad al mismo Jesús la adoración que Él tri-

buta á su eterno Padre. Yo os adoro ¡oh Salvador mío! realmente presente aquí en el altar, para renovar en bien mío el sacrificio del calvario; á Vos, que sois Cordero que se inmola todos los días, bendición, gloria y poder por todos los siglos de los siglos.

Gracias os doy, y nunca cesaré de dároslos porque me habéis amado tanto.

El sacerdote invoca la clemencia divina en favor suyo y de todos nosotros. — Oid á Jesús, que dice á su Padre celestial: *Perdónalos, Padre, que no saben lo que se hacen.* Adora esta bondad que excusa aun á los culpables, que ni siquiera les llama verdugos y enemigos.

Perdóname ¡oh Salvador mío!; yo soy más culpable que ellos: sabía que sois el Mesías, mi salvador y mi Dios, y sin embargo os he ofendido. De esta suerte vuestra misericordia será más grande y más digna de vuestro corazón; hijo pródigo soy, pero hijo vuestro: heme aquí á vuestros pies arrepentido.

El sacerdote hace oración por los difuntos. Jesús ruega en la cruz por aquellos que están espiritualmente muertos, por los pecadores, y su oración convierte á uno de los criminales que había comenzado por insultarle y blasfemar de Él. «Acordaos de mí cuando estéis en vuestro reino, dice el buen ladrón.» Jesús le responde: «Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.»

¡Plegue á Dios que á la hora de mi muerte haga yo la misma oración, y escuche la misma respuesta! Acordaos de mí, ¡oh Dios mío! en este momento terrible, como os acordasteis de aquel ladrón penitente.

Al Pater Noster; invoca el sacerdote al Padre celestial. — Jesús en la cruz encomienda su alma á su Padre. Pídele tú la gracia de la perseverancia final.

Al Liberanos, pide el sacerdote ser libre de los males de esta vida.—Jesús en su amor á nosotros, siente sed de nuevas penas, y bebe hiel y vinagre, para expiar nuestros pecados contra la templanza.

El sacerdote parte la sagrada Hostia.—Jesús inclina la cabeza para dirigirnos su última amorosa mirada, y expira diciendo: *Todo se ha consumado.*

Adora, alma mía, á Jesús, que acaba de morir; su alma se ha separado de su cuerpo: mira cómo sabe morir por tí, y aprende tú á vivir y á morir por Él.

Pídele la gracia de una buena y santa muerte en los brazos de Jesús, de María y de José.

Al Agnus Dei, el sacerdote se da tres golpes de pecho.—Al ver á Jesús moribundo, el sol se eclipsa de dolor, la tierra tiembla horrorizada, ábrense los sepulcros, los verdugos y espectadores se dan golpes de pecho, y honran á Jesús en la cruz, le proclaman Hijo de Dios, y salen arrepentidos y perdonados. Une tú tus sentimientos á los suyos, y merecerás ser perdonado como ellos.

El sacerdote se da golpes de pecho y recibe la Comunión.—Jesús ha sido descendido de la cruz y puesto en los brazos de su dolorosa Madre. Luego es embalsamado, envuelto en un blanco lienzo y colocado en un sepulcro nuevo.

Cuando vengáis, ¡oh Jesús!, á mi cuerpo y á mi alma, sea mi corazón, no sepulcro, sino templo adornado de todas las virtudes, blanco y puro, donde Vos únicamente reinéis.

Os ofrezco mi alma por morada: habitación en ella sólo Vos, y reinad allí como señor. No sea yo jamás vuestro sepulcro, sino vuestro tabernáculo vivo. Sí: venid á mí, que no puedo vivir sin Vos.—Seguid al alma de Jesús que desciende al limbo y anuncia la

libertad á las almas de los justos. Uníos á ellos, participando de su alegría y agradecimiento, y adheríos por siempre á vuestro Dios y Señor.

El sacerdote purifica el cáliz y lo cubre.—Jesús sale glorioso y triunfante del sepulcro, pero oculta el resplandor de su gloria por amor á los hombres.

Oraciones de acción de gracias.—Jesús convida á los suyos á alegrarse de su triunfo sobre la muerte y el infierno. Uníos á la dicha que sintieron los Apóstoles y las santas mujeres cuando se les apareció Jesús.

El sacerdote bendice al pueblo.—Jesús bendice á sus discípulos antes de subir al cielo. Inclinaos vosotros bajo su mano, y esperad todo bien de una bendición semejante, que produce los bienes que promete.

El sacerdote lee el último Evangelio.—El último Evangelio es casi siempre el de San Juan, que describe la generación eterna, espiritual y temporal del Verbo encarnado.

Adorad á Jesús, que ha subido al cielo, para prepararos allí una mansión; contempladle reinando sentado en un trono de gloria, y enviando á sus Apóstoles su espíritu de verdad y de amor.

Pedid á este espíritu divino que habite en vuestras almas, que os dirija hoy en todas vuestras obras, y que la gracia del santo sacrificio os santifique durante todo el día, y sea éste fecundo en obras de gracia y salvación.

Método para oír Misa uniéndose en espíritu al santo sacrificio.

Tres son las partes en que puede dividirse la Misa: la primera, desde el principio hasta el Ofertorio; la segunda, desde el Ofertorio hasta la Comunión, y la tercera, desde la Comunión hasta el fin.

I

Cuando el sacerdote ora y se humilla delante del altar, confesad vosotros vuestros pecados y adorad á Dios humildemente, á fin de oír con fruto la santa Misa.

En el *Introito*, acordaos de los deseos de los Patriarcas y Profetas antes de la venida del Mesías, y desead con ellos que Jesucristo venga á reinar en vuestros corazones.

Al *Gloria*, unios en espíritu á los ángeles, para alabarle y darle gracias por el misterio de la Encarnación.

A las *Oraciones*, juntad vuestras intenciones y súplicas á las de la Iglesia, y adorad al Dios de bondad de quien procede todo don.

A la *Epístola*, escuchad su lectura como si la oyeseis á un Profeta ó á un Apóstol, y adorad la santidad de Dios.

Al *Evangelio*, escuchad al mismo Cristo, que en Él os habla, y adorad la verdad de Dios.

Decid el *Credo* con viva fe; renovad vuestra fe uniéndola á la de la Iglesia, y protestad que estáis dispuesto á morir por sostener todas las verdades del Símbolo.

II

En la segunda parte de la Misa unid vuestra intención á la del sacerdote, y ofreced el santo sacrificio con estos cuatro fines:

1.º Como homenaje de soberana adoración, ofreciendo al Padre Eterno la adoración de su Hijo encarnado, y juntando vuestra adoración á la suya y á la de toda la Iglesia, y ofreceros vos mismo con Jesucristo para amarle y servirle.

2.º Como homenaje de acción de gracias: ofreciéndoselo al Padre para darle gracias por los merecimientos, las gracias y la gloria de Jesucristo; para darle gracias por los merecimientos y la gloria de la Santísima Virgen y de todos los santos, así como por todos los beneficios que habéis recibido y que en lo sucesivo recibáis por los méritos de su Hijo.

3.º Como hostia expiatoria, ofreciéndolo en satisfacción de todos vuestros pecados, en expiación de todos los que se cometen en el mundo; recordad al Padre Eterno que no puede negarnos nada de lo que le pedimos, pues nos ha dado á su Hijo, que está en su presencia en este sacrificio para ser la víctima por nuestros pecados y por los pecados de todos los hombres.

4.º Como sacrificio impetratorio ú Hostia de oración, ofreciéndolo al Padre como prenda de su amor, que Él mismo nos ha dado, para que esperemos confiadamente de Él toda suerte de bienes espirituales y temporales. Exponedle en particular vuestras necesidades, y pedidle, sobre todo, que os dé la gracia de correiros de vuestra pasión dominante.

Al *Lavabo*, purifícaos por la contrición, á fin de haceros hostia de alabanza agradable á Dios para que el mismo Dios fije en vosotros con complacencia sus miradas.

Al *Prefacio*, uníos al concierto de la corte celestial para alabar, bendecir y glorificar á Dios tres veces santo, por todos sus dones de gracia y de gloria, y sobre todo por habernos redimido mediante Jesucristo.

Al *Canon*, asociaos á la piedad y amor de todos los Santos de la nueva ley, para celebrar dignamente esta nueva encarnación é inmolación que van á obrarse por virtud de las palabras del sacerdote.

Rogad al Padre celestial se digne bendecir este sacrificio y hacerlo aceptable y bendecir en él todos los sacrificios de virtud y santidad que le ofrezcáis.

Adorad el poder inefable que por amor á vosotros ha sido concedido al sacerdote, mientras el sacerdote, circundado por multitud de ángeles se inclina profundamente en señal de respeto á la acción divina que va á ejecutar, y hablando y obrando de un modo divino en la persona de Jesucristo, convierte el pan y el vino en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad del Hombre Dios, y renueva el misterio de la Sagrada Cena.

Y cuando Jesús haya descendido al altar por la palabra del sacerdote, adorad la sagrada Hostia y el caliz de la Sangre de Cristo que clama al cielo pidiendo clemencia, y recibid, como la Magdalena á los pies de la cruz, la sangre que brota de las llagas de Jesús.

Ofreced esta divina Víctima á la justicia de Dios por vosotros y por el mundo entero; ofrecédsela á su divina é infinita misericordia á fin de mover á com-

pasión de vuestras propias miserias el divino corazón, y abrid sobre vosotros la fuente de la infinita bondad de Dios.

Ofrecedla á la bondad de Dios, para que Él aplique los frutos de luz y de paz de este sacrificio por las almas del purgatorio, y para que esta sangre apague las llamas en que están ardiendo, y acabando de purificarlas, las haga dignas de entrar en el paraíso.

Al *Padrenuestro*, decid esta oración con Jesús en a cruz, perdonando á sus enemigos; perdonad sincera y enteramente á todos los que os hubieren ofendido.

Al *Libera nos*, pedid por la intercesión de María y de los Santos, ser libres de todo pecado y de todos los males pasados, presentes y futuros, así como de las ocasiones de pecar.

Al *Agnus Dei*, daos golpes de pecho en unión con los verdugos que se convirtieron en el calvario; y después haced con recogimiento un acto de fe, de humildad y de confianza, de amor y de deseo de recibir al Salvador.

Si no comulgáis sacramentalmente, comulgad al menos de un modo espiritual, mediante los actos siguientes:

Concebid un verdadero deseo de estar unidos con Jesús, reconociendo la necesidad que tenéis de vivir de su vida.

Haced un acto de contrición perfecto de todos vuestros pecados pasados y presentes, fundado en la bondad y santidad de Dios.

Recibid luego espiritualmente á Jesús en lo íntimo de vuestra alma, pidiendole la gracia de vivir sólo para Él, pues que sólo por Él podéis vivir.

Imitad á Zaqueo en sus buenos propósitos, y dad gracias á Dios porque habéis oído la santa Misa y habéis comulgado espiritualmente. Ofrecedle en acción de gracias algún homenaje particular, algún sacrificio ó acto de virtud, y pedid á Jesucristo su bendición para vosotros y para vuestros parientes y amigos.

MÉTODO DE OIR MISA MEDITANDO LAS SIETE PALABRAS
QUE DIJO JESÚS EN LA CRUZ

Al Introito.—Jesús ruega por sus verdugos. *Pater, ignosce illis; non enim sciunt quid faciunt. Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.*—Pide á Jesús que te perdone tus pecados, á ti que eres más culpable que los judíos que lo sacrificaron, pues lo has sacrificado conociéndole mejor que ellos.

A las primeras oraciones—El buen ladrón dijo á Jesús: *Memento mei cum veneris in regnum tuum.* Y Jesús le respondió: *Hodie mecum eris in paradiso. Hoy estarás conmigo en el Paraíso.*—El ladrón fué agradecido, y unió sus dolores con los del Salvador. Haz tú la misma oración para el día de tu muerte y para el día de hoy.

Al Ofertorio.—Jesús da á María por hijo á San Juan.—*Mulier, ecce filius tuus: Mujer he aquí á tu hijo.*—Este le sucederá en su título de hijo; con él todos los hombres reciben á María por Madre. Da gracias á Nuestro Señor porque te ha dado á María, y di á esta buena Madre que te ame mucho y que te dirija en todo al servicio de Jesús.

Al Prefacio.—*Fili, ecce Mater tua: Hijo, he aquí á tu madre.*—Has sido dado por hijo á María. Da gracias al Salvador por este hermoso título de

hijo de María que te da derecho sobre su corazón de madre y sobre todos sus bienes.

A la elevación.—*Sitio! Tengo sed.*—Adora á Jesús crucificado de nuevo en el altar, pidiendo á su Padre padecer todavía más por amor de los hombres y diciéndole: «Tengo sed, tengo sed de corazones, sed de vuestra gloria.» Sufre tú y repara con Jesús para apagar su ardiente sed de padecer por la salud del mundo y de reparar las ofensas cometidas contra la majestad de Dios.

Al Padrenuestro.—*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Deus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*—Adora la santa é inefable soledad en que se ha visto Nuestro Señor para expiar tu culpable desobediencia á su santa ley, y promete á Dios no separarte jamás de Él.

A la Comunión.—Jesús exhala su último suspiro diciendo: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. Consummatum est.*—*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.*—*Todo está consumado.*—Adora á Jesús que ha puesto en la Comunión su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad en las manos de todos los hombres. Unios al sacerdote, y adorad á Jesús, que ha sido desclavado de la cruz y puesto en los brazos de su santa Madre. Recibidle vosotros y estrechadlo contra vuestro corazón, para que jamás salga de él.

